



NUM. 29. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos a 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 19 DE JULIO DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 a 15 pesos.

AÑO VII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



iene por costumbre el revistero, para dar cuenta de los sucesos é impresiones de la semana, colocarse siempre en el centro, y desde allí tender su vista en derredor. Pero ¿cuál es el centro del mundo? Si preguntamos á los indios, nos dirán que el monte Merú, sostenido por cuatro elefantes: si se interroga á los judíos, contestarán que el Sinaí; si á los armenios, el Ararat; si á los americanos, el Chimborazo. Los chinos llaman á su país imperio del centro, y no hay pueblo en la tierra que no se crea colocado por la Providencia precisamente en medio del planeta que habitamos. La verdad es que como el susodicho planeta es redondo (poco mas ó menos, no se enfaden los señores geógrafos) resulta que en cualquiera parte en que se coloque el observador se encuentra en el centro. Así, pues, el autor de estas líneas no cree estar fuera de ese centro escribiendo en Deva, bonita poblacion de Guipúzcoa á orillas del mar. Desde Deva se abarca la inmensidad del globo lo mismo que desde Madrid, y aun se pueden hacer escursiones á todas partes con la misma facilidad que estando en la capital de España.

Para venir á Deva, salimos en el tren que llaman *express*, á las diez de la mañana, y llegamos á las cuatro de la tarde á comer á la fonda establecida en la estacion de Valladolid. ¿Hemos dicho á comer? No hagan ustedes caso: es una hipérbole, figura de que usan mucho los poetas y que á nosotros se nos ha escapado en medio de nuestra habitual prudencia. Si viajan ustedes, caros lectores, por el tren *express* de que vamos hablando, les aconsejamos que no entren en la fonda de la estacion vallisoletana. Nosotros, inespertos mancebos, entramos y nos sentamos á una mesa cubierta de manteles, donde humeaba (otra hipérbole)

una sopa asaz clara. Teníamos veinte minutos para la operacion que allí se llama comer. Pasaron diez; la sopa estaba ya digerida y no venia otro plato: por fin, á los quince minutos trajeron una fuente de judías cocidas con carnero. Tres criados servian á unas cien personas que figurábamos á la mesa: el apuro era grave: dos veces intentamos el asalto del carnero y las judías, sin poderle meter el cucharón, hasta que á la tercera, gracias á un acertado movimiento estratégico, logramos cantar victoria trasladando á nuestro plato un trozo regular del manjar apetecido. Apenas habíamos tomado posesion de él, una señorita muy bien puesta y con una cestita en la mano vino á interrumpir la operacion de llevar el tenedor á la boca, pidiéndonos el importe de aquel opiparo banquete.—Catorce reales, caballero, precio fijo.—El precio es mas fijo que la comida, señorita.—No podemos atender á todos.—Eso será para dar de comer, que en cuanto á cobrar; ya se procura hacer un esfuerzo.—Dicho esto, y despues de haber pagado, volvimos á empuñar el tenedor. Pero en aquel momento sonó una voz como la trompeta del juicio final, que decia ¡*viajeros al tren!* y empezaron á silbar las locomotoras. Entonces estalló un sálvese quien pueda general. Guiados nosotros por el instinto, mas que por la reflexion, mascamos con furor el carnero que tantos sudores nos habia costado, y al mismo tiempo estendimos la mano izquierda á un plato de guindas, y la derecha á otro de mantecadas. Veinte manos se encontraron al mismo tiempo en ambos platos; pero fuimos bastante felices para poder llevarnos al coche parte del botin.

Desde allí hasta Vitoria no hubo parada que permitiese bajar á tomar algo, y á las once de la noche entramos en la capital de Alava, como debieron entrar los israelitas en la tierra de promision, cansados y hambrientos.

Vitoria es una bonita ciudad, limpia, aseada, alegre, con edificios sólidos, cuadrados, antiguos, venerables. En un ligero paseo que dimos por ella, nos detuvimos ante una casa que á primera vista nos pareció una mansion feudal. Era un cuerpo de edificio todo de piedra, con elegantísimas ventanas góticas, flanqueado de dos torres cuadradas, altas, de estilo tambien gótico, con sus escudos de armas perfectamente descifrables para los entendidos en el arte del blason. A la puerta habia una especie de buzón para echar cartas, y un ciudadano se hallaba en aquel momento depositando en él un pliego.—¿Es esa, por ventura, la admi-

nistracion de correos? le preguntamos.—No, señor, es el palacio del señor obispo.—Magnífico exterior tiene su ilustrísima.—¿Pues si viera usted el interior! No era posible verlo: su ilustrísima se hallaba en casa tal vez durmiendo la siesta. Nos dirigimos por consiguiente á lo catedral: la casa de Dios siempre está abierta. La catedral, antigua colegiata, tiene una bella portada, llena de esculturas. En su centro campea una estatua de la Virgen, recientemente restaurada y de muy buen efecto. El interior del templo, de estilo gótico, recibe la luz por altas vidrieras de colores, todas de composicion moderna, y algunas, principalmente las mas altas, de bastante mérito. En la sacristia vimos un buen cuadro que representa el acto de poner el cuerpo del Redentor en el sepulcro.

Despues de la catedral, la iglesia mas notable parece ser la de San Miguel. Súbese al átrio por una escalinata y en la primera portada se encuentra una estatua de mármol de la Virgen. Llámase la Virgen Blanca, y es tenida, segun dicen, en gran devocion. En la segunda portada está la estatua de San Miguel con su vestido á la romana, sus alas, su espada y su diablo á los pies. A la derecha de esta efigie vimos una gran puerta adornada de dos hermosas columnas: creimos que daría entrada á una capilla, pero al alzar la vista al dintel, salimos de nuestro error leyendo la inscripcion siguiente: *Reten del cuerpo de serenos*. San Miguel, hecho capitán del cuerpo de serenos, es cosa que tiene su filosofia, si bien se examina; pero no tenemos tiempo de filosofar sobre este punto, porque nos espera el coche que ha de conducirnos á Deva, pasando por Arechavaleta, Vergara y Alzola. A las tres de la tarde subimos en nuestro vehiculo, y dos horas despues comenzamos á internarnos en la montuosa y pintoresca provincia de Guipúzcoa. ¡Qué esmero en el cultivo! ¡Qué caminos tan bien hechos y tan perfectamente conservados! Se conoce que aquí el gobierno no protege la agricultura ni las vias públicas. Eso sí, en 11 leguas hallamos nueve portazgos. Pero ¿y dónde la única señal de camino, son los portazgos que se encuentran? Cinco años hace que en una carretera principal á una legua de Madrid se hundió un puente. En esa carretera hay multitud de empleados, hay ingeniero, peones, portazgos, etc., etc.; pero el puente, hundido se está como hace cinco años. En las Provincias Vascongadas no habria podido suceder esto.

Entramos en Deva una de las últimas mañanas, fresca y risueña, y asistimos el mismo día á la postura del sol

en el mar. ¡Sublime espectáculo! El astro parecía descender magestuosamente á sepultarse en las aguas: á medida que iba descendiendo perdían sus rayos algo de su intensidad y daban á las olas nuevos matices. Hacia el Occidente se veía una gran faja de púrpura, mientras el Oriente se cubría de una bruma azul oscura. Después cesó la reverberación de los rayos solares, y el planeta ofreció el aspecto de un globo carmesí brillante, que á medida que desaparecía iba tomando un color más intenso. Pronto le perdimos de vista: sus últimos resplandores se reflejaron en el extremo del horizonte; y la brisa de tierra, como si hubiera agudado este momento, comenzó á soplar con fuerza. Entonces dimos por bien empleada la comida de Valladolid. Basta de viajes.

Todas las noticias de Méjico están conformes al asegurar que los mejicanos no han presentado resistencia alguna á los franceses después de la toma de Puebla. Así el ejército invasor ha podido llegar á la capital de la república en pocos días y penetrar en ella sin obstáculo alguno.

No podemos hoy explicar la causa de este retraimiento por parte de los mejicanos, sabiendo que todas las noticias que de allí vienen aseguran que Juárez no piensa ceder de ningún modo; y aun en algunas se opina que no descendería siquiera á firmar un tratado con los franceses. No falta quien supone que todas las guerrillas van á concentrarse sobre el camino de Veracruz á Puebla para cortar las comunicaciones; si bien á nosotros nos parece ya tardío este movimiento, que verificado antes de la toma de Puebla habría producido resultados más ventajosos á los mejicanos.

Sea de esto lo que quiera, Napoleón apenas supo los triunfos del ejército imperial, mandó que se repartiesen en Méjico fotografías del archiduque Maximiliano, las cuales llevaría sin duda de repuesto el ejército francés entre las municiones para cuando llegase el día señalado. Mientras los valientes franceses sazonan sus laureles repartiendo retratos, sobre cuyo parecido nada sabemos, porque no los hemos visto, y no los hemos visto porque no necesitamos que nadie venga á imponernos un rey; mientras tanto decimos, Europa está dando vueltas á la toma de Méjico, para deducir las consecuencias que este hecho podrá traer á la política general de entrambos mundos.

Y aunque esto parezca broma y pura exageración, no lo es; porque Napoleón se ha dado maña para enmarañar de tal modo todos sus asuntos políticos que nadie sabe lo que de ellos ha de resultar. Dícese, á la hora en que escribimos estas líneas, que Francia va á reconocer los Estados del Sur, dando así el primer paso para la terminación de la cruel guerra que está asolando aquella industriosa comarca; que los Estados del Sur, agradecidos á los buenos oficios de Francia, cedieron en favor de Méjico la provincia de Tejas; y por último, que Francia haría de Méjico una colonia francesa, cediendo parte del territorio á España. Otros aseguran, que Francia solo ocupará permanentemente algunos puntos de la costa; y otros, en fin, que se contentará con un impuesto sobre las minas, solución muy favorable al erario francés, que parece se encuentra en verdadera derrota, después de tanto triunfo.

Nosotros hasta ahora, parece que permanecemos extraños á estos asuntos; nuestro gobierno aguarda, según han dicho personas bien informadas, á que Napoleón se decida por la forma de gobierno que ha de imponer á Méjico: entonces hablaremos.

Observamos que los periódicos franceses vienen estos días muy belicosos en la cuestión de Polonia y echando contra la Rusia sapos y culebras. Dice un refrán que no hay que fiarse en galgos de buena traza, y otro enseña que obras son amores. Si se pasa el verano y no se ha hecho nada por la fuerza de las armas en favor de esa nación heroica, la Europa sufrirá algún día las consecuencias de su imprevisión y de la degradación de sus gobiernos. Por lo demás, las noticias siguen siendo favorables á la insurrección y al gobierno nacional secreto de Varsovia, es obedecido ciegamente en todas partes, á pesar de las crueldades de Murariel y demás asesinos condecorados.

Madrid va á celebrar dentro de poco una de esas asambleas ó congresos científicos que tan de menos hemos echado en nuestro país, y que hace tiempo se celebran con ventaja para la ciencia en otras naciones. Estos congresos son una consecuencia de la universalidad de los conocimientos humanos y de la fraternidad que estrecha á todos los pueblos en aquellos ramos de la vida intelectual que viven á espensas del trabajo del individuo.

La ciencia que en otros tiempos vivía sometida á la noble, pero humillante protección de los grandes, ó escondida en oculto y pobre rincón, sin elementos para extender su vuelo por el mundo, halla hoy en los recursos populares y en el poder de la asociación una base que por sí solo nadie podría ofrecerla.

Esas asociaciones inglesas en que se contribuye hasta con la insignificante suma de un real, y que crean observatorios, y descubren planetas, y publican libros de gran mérito, y envían viajeros que esporen las más recónditas regiones del globo, y fundan hospitales ambulantes, y ensayan inmensos descubrimientos y gigantes aplicaciones, son á no dudarlo la expresión de lo

que será la ciencia en todos los pueblos cuando en todos ellos se comprenda bien el espíritu de asociación, palanca más poderosa que la de Arquímedes, porque tiene su punto de apoyo.

Y en efecto, ¿qué gobierno, por fuerte, por poderoso que sea, puede competir con estas asociaciones? ¿Qué gobierno puede poner en circulación en un momento las sumas que una asociación numerosa y con la pequeñísima estación que produce la insignificante cantidad que da un solo asociado?

Por otra parte, el espíritu de utilidad que no pueden menos de tener estas asociaciones, es una ventaja, porque hace producir al momento resultados útiles, en lo cual queda siempre muy detrás la ciencia oficial.

No es todavía una de estas empresas colosales la que va á iniciarse en Madrid; es un congreso de juriscultores; pero nosotros le saludamos como el principio de esta clase de reuniones, y por esto le damos tal vez mayor importancia de la que en sí mismo tenga. Este congreso se reunirá en Madrid y en el paraninfo de la Universal central en los últimos días de octubre, y discutirá acerca de los cuatro puntos siguientes, tomados uno por uno de la filosofía legal, del derecho civil, del derecho criminal y del derecho administrativo: 1.º ¿En qué época de la vida de los pueblos se debe codificar? ¿Cuáles son los principios que deben presidir á toda codificación?—2.º ¿En materia de sucesiones, es preferible el sistema de legitimar ó el de la libérrima facultad en el testador? En el primer caso ¿qué porción de herencia debe constituir la legítima? En el segundo ¿cómo se conciliará la libertad del testador con los deberes naturales respecto á los descendientes?—3.º ¿Qué sistema de procedimiento criminal es el que consulta mejor los derechos del acusado y los concilia con los deberes de la justicia?—4.º ¿Cuáles son las relaciones que deben existir entre el poder central, el provincial y municipal en el ejercicio de sus naturales atribuciones?

Se han inaugurado en la semana pasada las obras de un canal de riego con el título de canal de Henares, concedidas á una sociedad que lleva el título de Compañía ibérica de riegos. Este canal tendrá unos 54 kilómetros de extensión y podrá regar 11,000 hectáreas de terreno desde el término de Humanes en la provincia de Guadalajara hasta el arroyo Torote en la vega de Alcalá. Estas obras, llevadas á efecto, variarán por completo el aspecto de aquellos hermosos campos, ahora agostados por la sequía, y que tanto pueden producir con el riego.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## FRENOLOGIA Y RELIGION.

### II.

Se ha tratado muchas veces de sacar de la razón humana la prueba de la existencia de Dios, pero esta tentativa ha salido siempre fallida. Los que querían hacerla, se expresaban así: la razón nos dice que este mundo tan bello y tan bien ordenado necesita una explicación de esta hermosura y de este orden; dos medios se presentan para investigarlo; ó admitir que la hermosura y el orden existen en la naturaleza misma, ó suponer que existe sobre la naturaleza una divinidad creadora, reguladora y sapiente.

Pero el segundo de estos medios tiene tanta importancia para la razón como el primero que no admite una divinidad, es decir, no tiene importancia ninguna, pues la razón preguntará siempre: ¿Cuál es la causa primitiva de la divinidad? ¿Cómo se explica su existencia? La razón no puede obtener una contestación satisfactoria á esta pregunta; la explicación de la hermosura y del orden de la naturaleza queda sin resolver; la razón no se satisface y lo mismo es adoptar el primero que el segundo de los medios.

¿Se considerará, pues, como una cosa extraña el que tantos filósofos hayan indicado el camino más corto como el mejor ó el más razonable y que hayan preferido llamar Dios á la naturaleza en vez de dar un paso más y admitir un Ser Supremo que existe sobre la naturaleza, pero que tampoco satisface á la razón?

En una palabra: la llamada filosofía, es decir, la filosofía de la razón, de la facultad de pensar, ha negado siempre ó casi siempre la existencia de Dios; porque aquellos filósofos como Hegel, Strauss y Feuerbach, consideraban la actividad del espíritu de un modo muy parcial; no echaban de ver ó no sabían que el hombre, al lado de la facultad de pensar, posee una vista interior para contemplar á la divinidad, y que no pide ni tiene que pedir la explicación de esta. Así como el hombre está convencido de la existencia del mundo visible sin pedir que le den la explicación de él para comprenderle, del mismo modo el hombre devoto lo está, y con el mismo derecho, de la existencia de Dios, sin pedir que se la expliquen ni que se la hagan comprender.

Si pasando al segundo punto de nuestro examen tra-

tamos de ver cuál es la verdadera religión del hombre, hallaremos que para que esta sea verdadera, es preciso ante todo que sea humana, es decir, que el sentimiento de veneración á Dios que hay en el hombre, esté en armonía con todos los demás sentimientos del mismo; pues el hombre es de este modo por la voluntad de Dios. Nosotros tenemos también en la forma del espíritu del hombre una regla de Dios para el modo de proceder, para saber qué es lo que debe hacer y lo que debe dejar de hacer el hombre. Lo mismo que hemos dicho con respecto de la religión, se puede decir de los demás sentimientos, como por ejemplo del verdadero deseo de la procreación, de la verdadera amistad, del verdadero valor, etc., etc. El deseo de la procreación para ser verdadero, no ha de ser ciego ni estar guiado solamente por el impulso material, sino que debe ir á la par con los demás sentimientos del hombre, con la facultad de pensar, con la firmeza, con la precisión, etc., etc.

Si ante todo tratamos de examinar la relación del sentimiento de veneración á Dios para con la facultad de pensar del hombre, ó por mejor decir, para con el concepto que el hombre debe formarse de la divinidad, en ese caso la idea de Dios, según el dogma cristiano, esta idea por la cual se presenta á Dios como á un padre que mira con amor á todos los hombres á los que considera como hijos suyos, que los recompensa y los castiga con justicia, esta idea, decimos, concuerda de un modo exacto y perfecto con la que la facultad de pensar debe formarse acerca de un Ser Supremo, de una Providencia grande y divina.

Los hombres se han ido elevando á esta idea de Dios á medida que su razón salía del estado de ceguedad casi animal en que se encontraban; el salvaje que se hallaba en el grado más inferior de la escala de la inteligencia, adoraba á un tronco de árbol ó á una piedra; el que estaba en un grado algo más elevado á un animal vivo, al sol, á un ser humano ó á las fuerzas de la naturaleza; otros, en un estado de alguna más cultura, adoraban ya á Dios como espíritu invisible, pero muchas veces también como á un dios de cólera y de venganza que pertenecía exclusivamente á su pueblo.

El mismo dogma cristiano á pesar de su carácter divino no se ha conservado siempre puro: muchas veces se ha considerado á Dios como á un ser implacable y cruel que se complacía en los autos de fé de los herejes y en otros actos semejantes; esta idea altamente indigna de un Dios de bondad y de misericordia, ha dominado durante mucho tiempo.

Se podría hacer la objeción de que cuando hemos hablado de la prueba de la existencia de Dios, hemos desechado á la facultad de pensar ó razón, y aquí al tratar del verdadero concepto que debemos formarnos de Dios, nos apoyamos en esta misma facultad de pensar; aparentemente hay en esto una contradicción, mas sin embargo, no es así. La prueba de la existencia de Dios y la de su esencia ó de sus propiedades, son dos pruebas completamente distintas.

La prueba de la existencia de Dios nos la da el sentimiento interior de veneración hacia él; este sentimiento nos indica únicamente que hay una divinidad, es decir, un ser objeto de nuestra adoración, de nuestro recogimiento, de nuestra devoción, pero el conocimiento de cómo es esta divinidad, corresponde á nuestra razón y á nuestro entendimiento.

Si el salvaje venera como á un dios á un pedazo de madera ó á un animal, prueba dos hechos con esta sola acción; en primer lugar prueba la existencia de Dios tan bien, ó tal vez mejor, que el cristiano con su ilustrada veneración al Ser Supremo; pues el salvaje muestra así la omnipotencia de la voz que siente el hombre, que independientemente de la facultad de pensar, le arrastra á adorar á Dios. En segundo lugar hace patente al mismo tiempo la necesidad de que á la prueba de la existencia de Dios, venga á añadirse otra que manifieste la cualidad de este Dios, ó la necesidad de que la vista que le ve ó el sentimiento que le siente, sean una vista y un sentimiento claro y elevado.

El hombre necesita el sentimiento de veneración á Dios, no para creer en su existencia, sino para convencerse de ella y saberla; pero necesita su razón para formarse por sí mismo una idea exacta de esta divinidad, á la que se siente arrastrado.

Se ha preguntado á veces si debe haber un poder exterior que obligue al hombre á abrazar esta ó aquella creencia religiosa, aun cuando se halle en contradicción con su razón; á esta pregunta se debe contestar absoluta y negativamente, porque Dios ha dado al hombre la facultad de pensar para que medite de un modo razonable sobre todo, y en particular sobre la religión; una creencia impuesta á la fuerza contra el convencimiento, aniquilaría el sentimiento religioso que Dios quiere de nosotros. Afortunadamente vivimos en un tiempo en el que la creencia no se impone por la fuerza; pero á pesar de esto, los estravíos y el fanatismo religioso no han desaparecido del todo; y no hablamos así porque guiados de máximas introducidas por escuelas innovadoras queramos trastornar el dogma cristiano, sino porque condenamos los abusos y el fanatismo que están en contra de la verdadera religión bien entendida, tal como la enseñó nuestro divino Redentor.

El mal que hay muchas veces con respecto de la re-

ligion, es que los que están encargados de educar á la juventud no comprenden que el niño no es siempre niño, si no que llega á ser hombre, y que es preciso por lo tanto que le den una educacion religiosa que pueda convenir lo mismo á una edad temprana que á aquella en que el niño ya hombre medita y examina lo que le han enseñado. De esta falta proviene la inmoralidad de nuestro tiempo, y la terrible incredulidad que hay, tanto en las clases inferiores como en la media y la elevada. ¡Cuán diferente seria si desde cierta edad se le dijera al niño: Dios está en tí, búscalo en tu interior y trata de hablar con él para que se te manifieste y te hable! Estas palabras no habria que cambiarlas para el hombre, no habria mas que añadir: ¿oyes en tu interior la voz del bien, la del amor á la humanidad, que te ordena que ayudes al desgraciado y que perdones al que te ofende? ¡Escúchala! ¿oyes la voz de la conciencia y de la firmeza que te manda que domines tus pasiones? Sigue sus consejos. ¿oyes en tu interior la voz de la esperanza que te dice que confies en la providencia y en la bondad de Dios? ¡Créela y vive tranquilo!

Es de creer que en el concepto religioso caminamos á épocas mejores que las que pasaron ya. El fanatismo religioso que ha hecho derramar tanta sangre en diferentes épocas, ha desaparecido en gran parte y entre las diferentes comuniones de la iglesia cristiana, parece efectuarse una especie de aproximacion que camina con lentitud, es verdad, pero que no por eso es menos segura. El cristianismo, además, en su grande y magnífica sencillez irá poco á poco destruyendo á las demás religiones, no por la fuerza material, sino por el influjo de sus preceptos de amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

No concluiremos este artículo sin decir algunas palabras acerca del culto ó de la adoracion pública á Dios. La festividad religiosa de un dia señalado, del domingo, corresponde á la existencia del sentimiento especial é interior de veneracion á Dios que exige con justicia que se considere como una necesidad el tener un dia marcado para su actividad. En esto como en todo lo demás, la religion de Jesucristo está en una armonía sorprendente con el sentido y con la idea que debe expresar una religion, que es la única verdadera, y cuyo sentimiento se halla reconocido por la frenología. Sin embargo, se cometeria un grave error si se quisiera prohibir para siempre como hacen algunas sectas religiosas, ó meramente el domingo, cierta clase de diversiones lícitas, y que un rigorismo exagerado y mal entendido puede hacer considerar como irreligiosas, porque entre las facultades fundamentales del espíritu hay también la del contento y la alegría.

En lo que concierne al culto, la Iglesia romana y la del rito griego (tanto el unido como el cismático), hablan mas al sentimiento, al corazon, al paso que la protestante se dirige mas á la fria razon. La primera nos habla el lenguaje del alma que sentimos en nuestro interior, y al que respondemos conmovidos sin que nuestra razon intervenga en nada; la segunda es mas fria, mas razonadora, mas severa; en general no conoce ese fervor que trasporta á un alma fuera del cuerpo que la sirve de morada para elevarse hasta el trono del Eterno. Considerando la pobreza del culto divino entre los protestantes, se comprende bien y se aprueba el que los católicos sintamos cierto orgullo al ver la elevacion, la hermosura y la impresion que producen nuestras ceremonias religiosas. El hombre posee el sentimiento interior del arte, de la forma, del color, de la hermosura, etc., etc.; todos estos sentimientos vienen á aumentar la devocion en el momento de orar. «Si me es permitido hablar de mí, decia el doctor Scheve, yo mismo, aunque soy protestante, he tenido siempre mucha mas devocion en una iglesia católica que en una de la comunión á que pertenezco.» Sin embargo, es muy difícil hallar el medio mejor y mas recto para que un hombre sienta la devocion mayor de que es capaz, porque los hombres son muy distintos en sus caracteres y en su modo de ver las cosas; por las cualidades de su espíritu los unos necesitan mas de cierta direccion, y los otros de otra.

Para terminar repetiremos las palabras dichas arriba, y que pueden servir como una máxima de la verdadera religion: Dios está con nosotros, busquémosle, pues; Dios nos habla, aprendamos á hablar con él cada vez mejor y de un modo mas recto y mas conveniente.

A.

## LA CALLE DE ALCALA.

— *Quien no vió Sevilla no vió maravilla*, dicen los españoles, sobre todo los que han nacido á la parte de allá de Despeñaperros.

— *Quem nao vco Lisboa, nao vco cousa boa*, exclaman con su acostumbrado énfasis nuestros vecinos del otro lado del Miño.

— *Veder Napoli é poi morire*, cantan los italianos estasiados en la contemplacion del mas bello de los golfos.

No es Madrid una maravilla ni mucho menos; no es tampoco una cosa buena, ni merece por consiguiente, no ya que uno se muera despues de haberla visto, sino

pasar un pequeño dolor de cabeza por verla, pero la verdad es que si yo hubiera nacido en su seno, hace tiempo se diria también á voz en grito:

Quien no vió en tarde de toros  
nuestra calle de Alcalá,  
aunque dé la vuelta al mundo  
de fiijo no la verá.

Y no es esto decir, que la calle de Alcalá sea la mas hermosa del orbe, por mas que no le hubiera costado mucho el serlo; pero ello es que tiene algo de los palacios de Génova, de los boulevares de París, del movimiento de Lóndres, y lo que es mejor que todo esto, algo del cielo y de los horizontes de Andalucía.

La calle de Alcalá, es por decirlo así, el resumen de la vida y las costumbres cortesanias; es la arteria horta de este gigante que no ha acabado de desarrollarse todavía, y ya necesita un rio para humedecerse; una estension de algunas leguas para dormir, y cerca de trescientos mil pulmones para respirar.

Supongo por un instante que sois forasteros, y que llegais á Madrid un sábado por la noche, despues de haber salvado en unas cuantas horas, gracias al ferrocarril, la distancia que en vuestra juventud os parecia inconmensurable. Ciertamente que si vuestro pueblo está alumbrado por los reverberos antiguos, hallareis que la luz del gas tiene otro color, por mas que se os figure que alumbrá menos, cosa que muchos creemos también por aquí; que las aceras son mas anchas, y las calles mas rectas, aunque ni tan rectas ni tan anchas como muchas magníficas alamedas que yo recuerdo haber visto á la salida de vuestros pueblos; que las tiendas presentan desde fuera una admirable perspectiva por mas que desde dentro la perspectiva no sea muy halagüeña, sobre todo para el tendero; que tenemos muchas parejas de civiles por todas partes, ni mas ni menos que si los pinares de Soria se hubieran corrido hácia el Prado, y fuera cada casa de vecindad una nueva venta de Cárdenas; todo esto hallareis á primera vista y lo ireis completando con observaciones muy curiosas á medida que nuestros usos y nuestro género de vida os vayan siendo mas familiares, pero entre tanto, como acabais de llegar, venis cansados, y son además las once de la noche, hora para vosotros muy avanzada, me parece lo mas prudente que os acosteis, y os dejo por lo mismo instalados en esa misma calle de Alcalá, en un aposento poco mayor que el balcon que tiene frente á la Aduana, y en el que de seguro no podreis vivir un mes, sino os habeis traído mas dinero que vuestra renta de uno ó dos años.

Todavía es sábado; todavía una prudente tranquilidad reina en la poblacion, prescindiendo de algun coro entonado por un grupo de jóvenes que salen del Suizo; por alguna que otra diligencia que va ó que viene, y por el ruido natural de la gente que sale de cinco ó seis teatros, de dos circos de caballos, y de mil reuniones y espectáculos privados y públicos. Nada tiene, pues, de extraño que á la madrugada hayais conseguido pegar los ojos.

Pero lo que no sabeis, lo que os sorprenderá indudablemente, si no teneis aficion á leer despues del chocolate tres ó cuatro periódicos, es que hoy domingo se verificará la primera media corrida de toros de la presente temporada, si el tiempo lo permite. Y como hace un sol delicioso, y lidian además el Gordito y el Tato; como en la temporada anterior fue muerto en la primera corrida el infeliz espada Pepete, y como desde hace dos dias no se encuentra un billete en el despacho, de aquí que hoy estará la plaza de bote en bote, y no será persona de gusto la que deje de asistir á la fiesta.

Si habeis recibido con anticipacion todas estas noticias, y estais levantados á las tres de la tarde, asomaos al balcon, y decid si nada puede compararse en estos momentos con la calle de Alcalá; si lo ignorais todo, si para hacer completa vuestra desdicha pensais quedaros en la cama ¡huid, infelices! porque en vano pedireis á Dios tranquilidad y sueño; porque os aguarda un terremoto no interrumpido en mas de dos horas; porque los gritos de la multitud, el relincho de los caballos, las voces de los cocheros y mayoresales, el chasquido de los látigos, la expansion de frenética alegría de un pueblo entero que va á los toros, son causa suficiente para que enloquezca el desprevenido, para que se aturda el incauto, para que se desespere el hombre de negocios, y espere el que acaba de llegar enfermo de un largo viaje.

Mas veo con placer que no os ha sucedido nada de esto. Desde la banqueta del ómnibus en que marchó al escape, os he visto al balcon, contemplando atónitos la animacion y la alegría que llenan la calle en este momento. Teneis razon en asombraros, y si habeis venido á Madrid nada mas que á experimentar una emocion, podeis volveros desde luego, y no viajar mas en vuestra vida; Roma os ofrecerá magníficas procesiones; Inglaterra, grandes carreras de caballos; Austria muchas maniobras militares; Alemania, excelentes asambleas de sabios; París su plaza de la Concordia, que es sin duda de las mayores de Europa; pero lo que no encontrareis en ninguna parte, lo que no existe, lo que no puede existir, es el espectáculo que presenta la calle de Alcalá en un dia de toros.

M. DEL PALACIO

## LA VILLA DE DOLORES

Y EL ESTABLECIMIENTO TERRITORIAL Y ENFITÉUTICO DE PIAS FUNDACIONES DEL EXCMO. SEÑOR CARDENAL BELLUGA.

Colindante con las demarcaciones municipales de Albaterra, Almoradí y Catral al Oeste Elche y Guardamar al Este, Crevillente al Norte y Rojales, Dayas y Puebla de Rocamora al Sur en la provincia de Alicante, cerca del Mediterráneo y hácia el extremo oriental de la vega de Murcia, estendíase á principios del siglo último una dilatada comarca de unas tres leguas de diámetro, poco menos, convertida en un páramo erial, pantanoso é insalubre, por la corrupcion de las aguas estancadas que contenia, procedentes de las avenidas y vertientes próximas, sin salida hácia el mar, efecto de la poca declinacion del terreno, y del desnivel consiguiente.

Los miasmas palúdicos que de este foco perenne de infeccion se exhalaban, eran un peligro constante para la salud pública, notablemente alterada, como que la descomposicion morbosa del aire, semejante á la *malaria* de las campiñas romanas, producía con una intensidad mortal, que á veces degeneraba en epidemias malignas, esa enfermedad todavia endémica en el pais, aunque simplemente benigna y menos frecuente, llamada fiebre intermitente ó terciana, que despoblaba entonces el mismo con su pestilente contagio, especialmente en la época de los grandes calores.

Compadecido de esta desgracia que hacia sentir sus terribles efectos en uno de los mas bellos puntos de la península, víctima de tan cruel azote, un hombre ilustre, uno de esos prelados guerreros que han legado á su patria un nombre memorable, concibió un colosal proyecto filantrópico, una empresa tan grande como su fama y como las consecuencias benéficas que del mismo debieran derivarse; é inflamado de un celo verdaderamente caritativo, se decidió por fin á ponerlo en práctica, fiado en la munificencia del monarca, y mas que todo en sus recursos propios.

Ese hombre emprendedor y activo vestía la púrpura del colegio sacro, y estaba por su elevada gerarquía, por su posicion privilegiada, admitido á los supremos consejos de la corona, que le distinguiera por sus relevantes dotes como militar, como diplomático, y sobre todo, como uno de esos privilegiados genios que honran su época, dejando su huella poderosa marcada en ella al través de los siglos que inmortalizan su memoria.

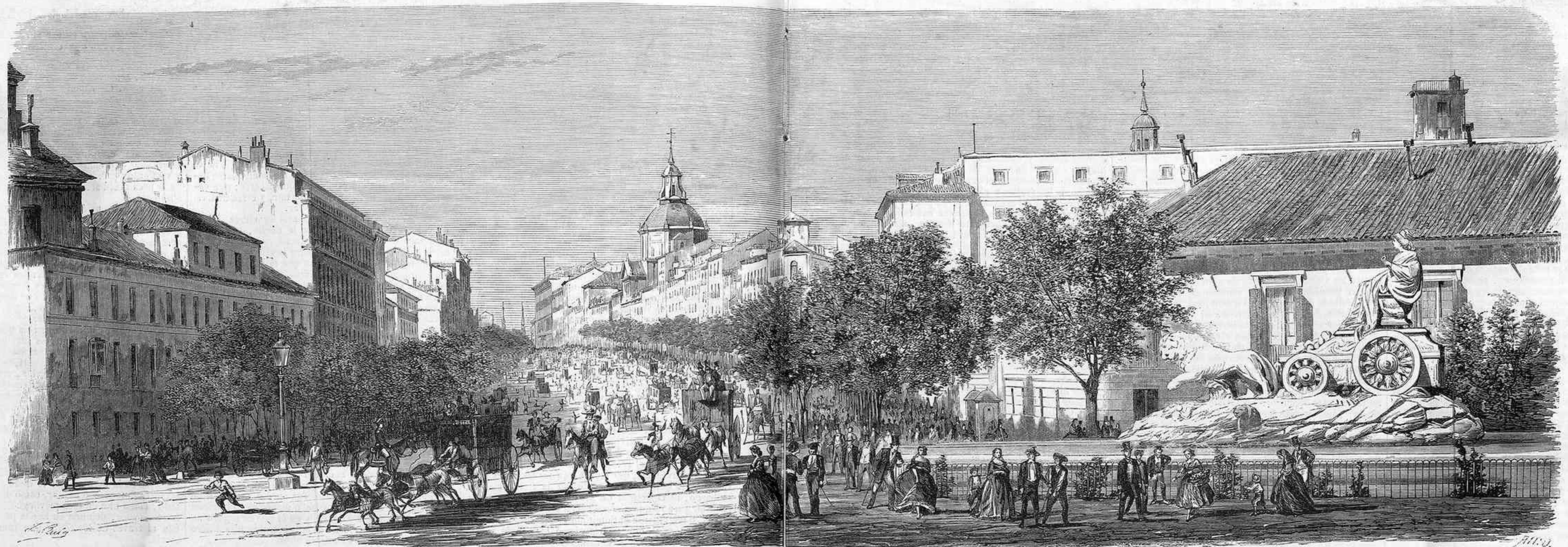
Esta celebridad tan memorable era el Excmo. y Rmo. señor don Luis Belluga y Moncada, cardenal de la santa Iglesia romana, del orden de los presbíteros, titular de Santa Práxedes, del consejo de S. M. Católica, protector de España y obispo de Cartagena, etc.

La base fundamental de ese gran pensamiento, fue desecar esos cenagosos terrenos, abriendo al efecto varios canales hácia el mar y la desembocadura del Segura al través de una distancia de dos leguas, y hácia el lago de la Albufera de Elche, algo mas próximo, con lo cual podia prometerse el doble objeto de estirpar ese foco pestilencial, purificando el aire, y convirtiendo á la vez en productivo aquel yermo perjudicial y estéril.

La idea obtuvo la mejor acogida, y mediante concesiones recíprocas, el fundador recibió la donacion de 25,000 taulas que en 1713 le hizo la ciudad de Orihuela, y que aprobó Felipe V en 15 de diciembre del propio año; la de 13,000 que le hizo igualmente bajo condiciones idénticas la villa de Guardamar, incluso un monte secano llamado el Molar, por escritura en dicha ciudad de Orihuela ante Jacinto Vicente, en 20 de julio de 1720, y por fin completóse la cifra de 40,000 taulas con las 2,000 que componian la Majada Vieja, y que donó asimismo S. M. en 6 de agosto de 1725, formando dicha totalidad de las 40,000 taulas, que constituyeron el territorio enfitéutico de pias fundaciones del referido cardenal Belluga, quien lo puso bajo el patronato de la corona, destinando sus productos futuros al sosten de varios establecimientos de beneficencia, y con particularidad á dos casas de expósitos y huérfanos de ambos sexos y otras de mujeres arrepentidas en la ciudad de Murcia, segun escritura número 43 en el año 1729; pensamiento aprobado por S. M. y confirmado luego por la santidad de Benedicto XIII, por su breve espedido en Roma en 14 de diciembre de dicho año.

Por decreto dado en Sevilla á 17 de setiembre de 1732, el rey tuvo á bien admitir bajo su inmediata proteccion el patronato de esta obra piadosa, y en 20 de agosto del inmediato 1733 nombró, á propuesta del fundador, primer juez protector y delegado regio de ella al señor don Francisco Arriaza y Medina.

Despues, abiertos los cauces, desecado ya el terreno á costa de enormes dispendios, que solo la gran fortuna del cardenal pudiera haber sufragado, removidos los obstáculos y ultimado el espediente instruido al efecto, su eminentísima perseverante siempre en su propósito, pudo otorgar en Roma, donde á la sazón se hallara, escritura de fundacion, su fecha 18 de setiembre de 1741, aprobada luego por la corona en 20 de febrero del siguiente 1742, sancionada y ratificada luego por otra real Cédula mas estensa, espedida en



LA CALLE DE ALCALÁ EN UN DÍA DE TOROS.

Aranjuez en 13 de mayo de 1745 y compuesta de 33 artículos que comprendieron las bases enitéticas del establecimiento y cesion de los terrenos á título oneroso perpetuo.

En su virtud, pues, y de acuerdo tambien con lo ya de antemano dispuesto en otra real provision, su fecha en Aranjuez á 13 de setiembre del anterior 1744, empezaron á concederse las tierras á censo perpetuo enitético, con pension específica y metálica y otras gabelas. Obtuvieronse, mediante concordias especiales, las aguas sobrantes de las inmediatas huertas de Callosa de Segura, Catral, Almoradí, Formentera y Rojales, suficientes para el riego de los nuevos terrenos, que se iban dotando de ellas proporcionalmente, á medida que se establecien y roturaban, formándose paulatinamente una verdadera colonia favorecida con las mas

ventajas inmunidades en pro de los pobladores, que de todas partes acudian, atraidos por el estímulo de esos mismos privilegios.

Fue entonces cuando á la vez que se echaban los fundamentos de la ermita y primeros edificios, particularmente de la poblacion central de Dolores, la mas antigua de las tres villas de la fundacion piadosa, hubo de organizarse tambien el sistema económico-adminis-

trativo, complicado de suyo y vicioso, como que estableció desde luego una funesta rémora al desarrollo radical y complementario de esa prosperidad agrícola, que, sin embargo, marchaba progresivamente en las vias posibles de adelanto de que era susceptible el indicado sistema.

Al propio tiempo y por un privilegio especial de la corona, á la vez que adelantaban las primeras obras de Dolores, daban principio las de otras dos poblaciones, tituladas San Fulgencio y San Felipe Neri, á convenientes distancias en el mismo territorio, á las cuales así como á la primera, una real Cédula expedida en el Pardo á 12 de febrero del citado año 1734, concedia el título y categoría de villas, con las inmunidades y franquicias de que va hicimos mérito. Amojonáronse sus respectivos límites, quedando, en fin, designadas sus demarcaciones municipales y feligresías.

Tal es, pues, la parte histórica y espositiva de esa grandiosa empresa que reflejará siempre el pensamiento del hombre, cuya huella benéfica ha quedado estampada como un sello indeleble y heroico al través de las vicisitudes de los tiempos. Hoy, merced á ese poderoso auxiliar, despues de siglo y medio de perseverantes esfuerzos, aquel páramo insalubre, apestado con el soplo mofítico de la muerte, se halla trasformado en una huerta feraz, en un pintoresco vergel, ameno y risueño como los mas deliciosos éarmenes: la vegetacion, siempre lozana, adquiere en él un desarrollo indecible; los frutales de todas clases, el olivo, la morera, el olmo y abedul, las palmas africanas, las hortalizas de todas clases, los cereales, hasta el naranjo, y sobre todo el viñedo, que forma en la actualidad el principal ramo de riqueza agrícola, todo concurre á embellecer el rico panorama que desarrolla por do quier sus galas en este terreno, convertido como por encanto en una de esas comarcas fértiles en que tan pródiga se muestra la naturaleza. Multitud de cauces de avenamiento y riego cruzan el territorio, y le fertilizan con las aguas sobrantes que ya indicamos, procedentes de las presas de Orihuela, Alfaytam y Rojales, que dan riego preferente á otras huertas anteriores en órden, y los beneficios, en fin, de la desamortizacion civil que acaba de redimir el enitensis con que se hallaba gravada la propiedad inmueble en todo el radio jurisdiccional de las tres villas, cultivado en su mayor parte, han venido á completar esa revolucion tan próspera en favor del

país que describimos. En el centro de esta hermosa colonia existe, como ya anteriormente dijimos, la pintoresca villa de Dolores, en la cual se establecieron las oficinas administrativas de pias fundaciones, y es la principal en categoría de las tres que componen el mencionado territorio. Actualmente figura como capitalidad del partido judicial de ascenso de su nombre. El grabado que acompañamos al presente artículo es copia exacta de una fotografia sacada por el inteligente artista don José Ruiz y Gil, y representa la vista general de la poblacion por la parte del Oeste, la mas á propósito para el caso, pues por los demás puntos las masas de arbolado, las chozas y alamedas que la circundan, ocultan generalmente el caserío, quitándole su efecto.

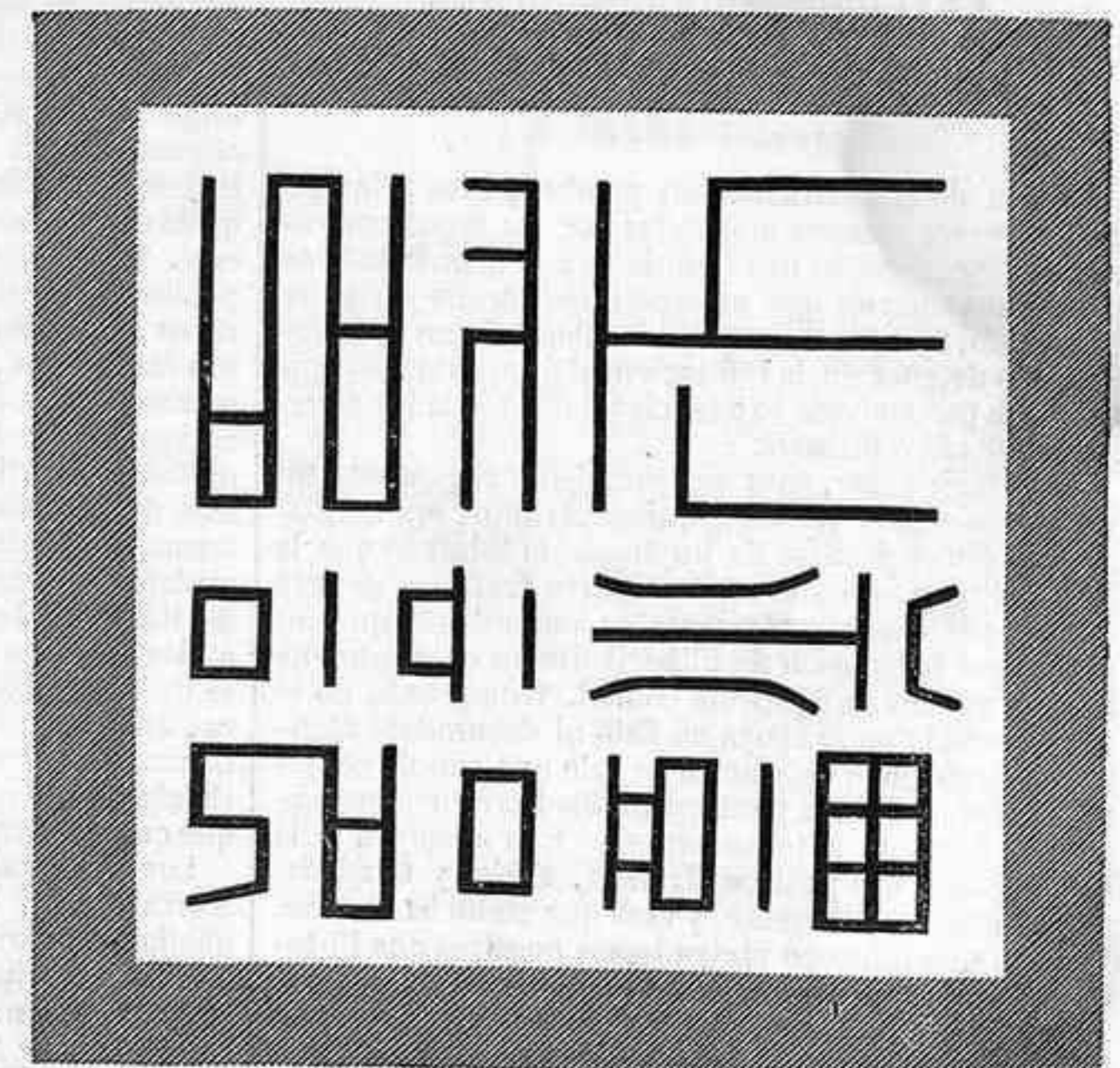
Verdadero prodigio de la naturaleza y del arte, testimonio enérgico del esfuerzo humano sostenido por una perseverancia tenaz, la villa de Dolores aparece ante la historia moderna como una mágica aparicion fantástica, como una ilusion óptica de grato efecto, si se comparan su posicion geográfica, su riqueza territorial, su sistema actual de existencia con su pasado de siglo y medio. Hoy cuenta 790 vecinos y 3,084 almas, segun el censo estadístico oficial últimamente practicado. Compónese el casco de su poblacion intramuros de 424 casas y 53 barracas ó chozas en sus 26 calles, traviesas y ejidos, sus 3 plazas y sus 3 plazuelas y sus 5 pequeños barrios, comprendiendo además los 4 cuarteles de su huerta y término 126 casas de labranza y 264 barracas ó chozas habitables. Los mejores edificios de la poblacion son la Casa grande ó palacio, antes de las pias fundaciones, y el granero de las mis-

mas, un buen molino harinero y otro de aceite. El radio municipal de su término, reducido todo hoy á cultivo, comprende 14,698 tahullas y <sup>6</sup>/<sub>8</sub>, todas regadio de excelente calidad y ventajosamente productivas. La vegetacion es admirable en esos terrenos poco antes vírgenes, y de ello dan testimonio esos frondosos huertos de palmas y frutales, esas alamedas que se im-provisan en tan pocos años, y esa exuberancia feraz, ese lujo de sávia y robustez que por do quier brotan en ese suelo privilegiado y fértil, cenagoso, erial en otra

mas, un buen molino harinero y otro de aceite. El radio municipal de su término, reducido todo hoy á cultivo, comprende 14,698 tahullas y <sup>6</sup>/<sub>8</sub>, todas regadio de excelente calidad y ventajosamente productivas. La vegetacion es admirable en esos terrenos poco antes vírgenes, y de ello dan testimonio esos frondosos huertos de palmas y frutales, esas alamedas que se im-provisan en tan pocos años, y esa exuberancia feraz, ese lujo de sávia y robustez que por do quier brotan en ese suelo privilegiado y fértil, cenagoso, erial en otra



VISTA DE LA VILLA DE DOLORES.



SELLO DEL EMPERADOR DE ANNAM, SEGUN UN DOCUMENTO AUTÉNTICO.

época, y foco pestilencial que llevara la muerte á las comarcas limítrofes.

Con todo, no es con esto decir que se haya purificado esa atmósfera enteramente, ni que ese ambiente que parece rebosar una plenitud de inefable dicha, esté impregnado del aura saludable que vivifica la vida y la embellece; el territorio de que nos ocupamos, así como igualmente y con corta diferencia el de toda la extensión de la vega de Murcia, de que forma parte, acaso por una de esas leyes de compensación que presiden la marcha organizadora del mundo y sus destinos, es por desgracia todavía algo insalubre, efecto indudablemente de la abundancia de aguas, ó mejor dicho, de la poca policía en su corrección, puesto que se estancan y corrompen con frecuencia, produciendo esos miasmas deletéreos que infestan el aire, y crean, en particular en la época de los grandes calores, esa enfermedad reinante y endémica del país, la fiebre intermitente, que suele también degenerar á veces en otras especies malignas, sin contar además los catarros pulmonales y pleuresias, que empiezan ya á ser algo frecuentes, no obstante la templanza y benignidad del clima y la pureza de su cielo, casi siempre sereno y sin nubes.

Acaso reconozca esto por causa principal la demasiada humedad que se nota durante la ausencia del sol, efecto de la presión atmosférica, aumentada su condensación por las emanaciones de las aguas detenidas que se evaporan, especialmente por la noche, en esa superficie demasiado honda y deprimida, casi sin declive hacia el mar, como dijimos; si bien por otra compensación providencial, esa misma presión, esa húmeda condensación de brumas que forma periódicamente una atmósfera especial en la zona que describimos, ha alejado hasta ahora casi por completo las epidemias, en particular de la villa de Dolores, donde felizmente apenas han dejado huellas las invasiones ocurridas en el presente siglo, y cuyo número de víctimas figura en proporciones exiguas, comparativamente con el de las demás poblaciones limítrofes.

Hay en esta villa una bonita iglesia parroquial, dependiente de la diócesis de Orihuela y bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores, titular de la misma, conteniendo varias estatuas notables, obra del célebre Zarcillo, entre las cuales merece particular mención el grupo de la referida Virgen con el Cristo del Descendimiento en sus brazos, obra de un mérito artístico indudable y objeto de la veneración de los fieles, que acuden con frecuencia en piadosas romerías á rendir á esa famosa imagen sus piadosas ofrendas y votos.

Tal es el cuadro histórico-geográfico del territorio de pías fundaciones, en su pasado y su actual estado floreciente: tal es la villa de Dolores. Véase, pues, por todo ello y como una consecuencia inmediata, felizmente realizada, cuánto se debe al pensamiento de ese hombre ilustre, al gran cardenal, cuya memoria ha merecido bien de la humanidad y de la patria; y que pasará á la posteridad como una de esas figuras benéficas que han dejado impreso el sello poderoso de su genio, por sus hazañas, por su buen corazón y por sus virtudes, que en tan eminente grado concurrieron en ese generoso príncipe de la Iglesia.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

## ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS.

### SITUACION DE LA ANTIGUA ILLIBERIS.

(CONCLUSION.)

Acerca de la derivación del nombre, base principal de las nuevas razones motivadas por los sepulcros romanos descubiertos, nos remitimos á lo manifestado en el artículo anterior que no repetimos porque sería, sobre difuso, molesto é innecesario. Pero si nos tendremos que detener en la refutación del argumento que reconoce por apoyo la existencia de dos ciudades diversas, Granada é Illiberis.

En primer lugar, para que semejante argumento tuviera todo el peso que se le quiere atribuir, era necesario que se nos probase de un modo indubitado que la Illiberis romana era la misma Elvira árabe; ó de otro modo, que concluyentemente se demostrase que los árabes por corrupción de Illiberis dieran el nombre de Elvira á aquella antiquísima ciudad. Esta prueba no se nos presenta: no se apoya en dato ni documento alguno: la pretendida derivación es solo una simple conjetura, acerca de cuya poca legitimidad creo dejamos dicho lo bastante anteriormente. — Con respecto á la existencia de dos pueblos diversos, Elvira y Granada, esta es cuestión diferente, y cosa que nadie ha negado. Es mas, que tampoco pretendemos nosotros que Illiberis fuese la misma Granada actual, ni la misma Granada árabe fundada muy cerca de aquella antiquísima colonia fenicia, municipio romano después, que vino á quedar mas tarde comprendido en los límites de la ciudad islamita. Estamos desde luego conformes en que Elvira fue ciudad enteramente distinta de Granada; así lo aseguran la mayor parte de los historiadores árabes, y el erudito don José Antonio Conde en su obra titula-

da: «Dominación de los árabes en España,» nos presenta á Elvira como á una merindad de mas de 100 lugares, situada al pie de la sierra del mismo nombre. ¿Pero de aquí qué se infiere? ¿De que Granada fuese población distinta de Elvira, se deduce ni puede deducirse que Illiberis fuese la misma Elvira de los árabes? Para que el argumento tuviera fuerza, esto último es lo que debe probarse; mientras no, queda subsistente y en toda su fuerza la opinión que sustentamos. Oigamos al mismo don José Antonio Conde, al escribir la historia de esa merindad Elvirana, y nos convenceremos de que si bien es cierta su existencia, no así la confusión que de ella quiere hacerse con la de la antigua Illiberis, y que por el contrario, de su misma narración histórica y de las de otros autores, se deduce que eran poblaciones en un todo diversas. «Cien pueblos,—dice el mencionado autor,—obedecían á Muhamad-ben-alha-el Llaudani, conocido entre ellos por Asomor, oriundo de gente antigua y valerosa. Esta comarca estaba dividida, aunque pequeña, en bandos y fracciones: con este motivo dieron en una de las revoluciones que con frecuencia tenían, el título de rey á Asomor, en razón á que con su grande política supo distinguirse entre todos en estas épocas anárquicas, pues los pueblos hallaban en él amparo y defensa contra las violencias y robos de aquellos ánimos feroces. En los últimos días del reinado de Abdalá, quiso este, influido de su ministro ó wali, sujetar esta tribu amantísima de su independencia. Al efecto entró en transacción con Asomor, y lo hizo alcaide de la ciudad de Alhama; mas como llegase el tiempo de recaudar los tributos, un wasir con una banda de soldados vino á Elvira á hacer efectiva la recaudación: alzáronse los pueblos, y tomando las armas acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. En seguida forzaron á Asomor para que los acaudillase diciéndole que ellos no tenían otro defensor. Fortalecieron á Baza, Albuçheda, Tájela y otras fortalezas. De este modo se prepararon para resistir al poder del orgulloso Abderramen, rey de Córdoba, el que irritado de esta insurrección, marchó inmediatamente contra Elvira, á la cabeza de un cuerpo de tropas, compuesto de caballería é infantería de Ecija, Bólcuna y Algafdat. Apenas los elvires tuvieron noticia de esta marcha, cuando se refugiaron en las guájaras y fragosidades inaccesibles de la sierra. Ocupó el rey las principales fortalezas, y viendo que por ninguna parte aparecían los rebeldes, se fué á Jaen. Sabida por estos su retirada, salieron á continuar sus correrías. Dieron un ataque al wali Obeidalá, bajo cuyo mando habia dejado el rey una division para que los persiguiese, y le derrotaron completamente. Esta victoria les hizo mas tenaces en la guerra. Ultimamente, después de muchas acciones con fortuna varia, Abderramen los encerró con su caudillo Asomor en la ciudad de Alhama: púsole cerco, derribó sus muros, incendió sus puertas, y entró en la fortaleza con alfanje en mano á pesar de la horrorosa resistencia de Asomor. Fueron pasados á cuchillo los que quedaron vivos, y á Asomor, que estaba medio muerto, mandó descabezarlo. Este suceso fue en el año de Cristo 923, y 311 de la Egira.» Después dice el mismo señor Conde que pasó el rey Abderramen desde Alhama á Granada, donde se detuvo, porque esta ciudad le agradaba sobremanera.

Don Diego Hurtado de Mendoza, historiador respetable, manifiesta que Illiberis fue tomada por los árabes después de luengo cerco en razón á la fortaleza de sus muros; ahora bien: según se desprende de la relación que antes hemos hecho tomada de la historia de Conde, la ciudad de Elvira no los tenia, puesto que sus habitantes necesaban retirarse al acercarse sus enemigos á la fragosidades de la sierra, y en Granada, por el contrario, se observan algunos trozos de murallas y torreones de construcción distinta de los árabes, y aun quizá de los romanos, tenidos por algunos como fenicios. Se ve claramente que Illiberis y Elvira son dos poblaciones distintas, la segunda mas morisca que romana, y que no hay razón alguna para asegurar fuesen las mismas, sino en último resultado la conjetura emanada de la derivación de un nombre. Además, en comprobación de la unión que existía por su gran proximidad entre Illiberis y Granada, y que la segunda, si bien de mas moderna fundación que la primera, vino á formar una sola con ella, nótese que entre los historiadores se llama á San Cecilio promiscuamente obispo de Illiberis y de Granada, lo cual tambien se advierte en las encíclicas de otros de sus obispos. Por lo tanto se deduce que distintos lugares fueron Illiberis y Elvira, así como la proximidad de la primera á la actual Granada, que según acertadas conjeturas de don José Hidalgo Morales, fue una especie de barrio de ciudad, que con el tiempo llegó á constituir lo principal.

Los sepulcros nuevamente descubiertos á la falda de Sierra Elvira, vemos no pueden servir para fundar la opinión contraria á la nuestra, mientras no se hallen algunas inscripciones, algunos otros monumentos que lo comprueben. ¿Cómo puede decirse que formaban el cementerio de la antigua Illiberis? ¿Por ventura se olvida la suntuosidad que los romanos procuraban dar á sus sepulcros, colocándolos á veces en las orillas de los caminos y no dejando de poner inscripción hasta en el cippo mas modesto? ¿Cómo puede suponerse que la ciudad celebrada de Plinio que batía moneda á sus

emperadores, no tuviese para cubrir los restos á sus habitantes mas que toscas losas, apenas desvastadas, y sin poner en ninguna la mas ligera inscripción? Dichos sepulcros pudieron ser mas bien el panteon particular de una familia, el de algun pequeño pueblo anejo á la jurisdicción de Illiberis, ó acaso tal vez el lugar de descanso eterno de los cristianos de la comarca en los primeros siglos de la Iglesia. Los accidentes del terreno como dice el señor Castro y Orozco en un manuscrito que sobre la invención de estos sepulcros se conserva en la biblioteca de la historia (escogido para la construcción del cementerio) son notables por mas de un concepto á los ojos del filósofo. Rodéale como un círculo fatídico una cadena de proyecciones ó pequeñas colinas áridas y solitarias, que dibujándose sobre el diáfano cielo de la vega de Granada, semejan otros tantos vigías puestos allí expuestos entre el voluptuoso paraíso de los árabes y el grave y austero cementerio donde reposan los cristianos. No es posible penetrar en aquel recóndito asilo de la muerte colocado en medio de una naturaleza igualmente muerta, sin sentir un pavor religioso, ni cabe creer después de haberlo registrado, que aquella soledad, de mezquino, pero solemne horizonte, haya sido destinada casualmente para depositar los restos mortales de nuestra especie: no, el pueblo que la señaló para morada de sus muertos, conocía el éxtasis de la meditación religiosa: no era como el judío que miraba con horror los cadáveres, ni como el gentil romano que construía sepulcros magníficos al lado de los caminos para saciar una vanidad puramente mundana. Ese pueblo tenia seguramente la muerte por un sueño, y por cementerio solo entendía *dormitorio*, según la rigorosa etimología griega: enterraba sus difuntos hacia Oriente porque esperaba la venida de un sol que jamás se apagaria: no prodigaba cruces ni signos porque llevaba la fe en el corazón. Los hombres que allí descansaban debieron ser cristianos, como tambien lo comprueban las cruces grabadas en sus anillos signatorios, y sus toscos sepulcros, á la vez que sirven para atestiguar la sencilla severidad de sus creencias comprueban con esa misma sencillez que no pudieron ser el cementerio del opulento municipio romano.

Vemos, pues, que no existe el nuevo fundamento para contrariar la conjetura que sustentamos.

Por otra parte; la tradición ha venido designando hasta el día como el lugar en que se verificó el célebre concilio Iliberitano que tuvo lugar según don Nicolás Antonio y otros escritores, el año 300 á 304 de Jesucristo, siendo el primero en que se escribieron los cánones, así como el primero que se verificó en España, una casa sita en el Albaicín: y de esta noticia tradicional, que todavía se oye en boca de los ancianos como un recuerdo de las glorias religiosas del país no se encuentra el menor vestigio en ninguno de los pueblos cercanos á Sierra de Elvira, donde se pretende estuvo fundada la antigua Illiberis. Bien sabemos que la simple tradición no es encontrándola aislada, suficiente dato para fijar una teoría; pero tambien es cierto que es una de las fuentes históricas, y que cuando hay otras mas firmes razones, contribuye á corroborarlas.

Por otra parte; es un hecho fuera de toda duda el martirio que en el Ilipulitano monte sufriera San Cecilio, según corrobora el martirologio romano, que en el día de su advocación dice: «Hoy nos ofrece la Iglesia el nacimiento de San Cecilio, el cual habiendo convertido á la fe católica grande multitud de personas, murió en Illiberis con una muerte gloriosa.» Ahora bien: si Illiberis, según dicen los defensores de la opinión contraria, hubiese estado en la falda de Sierra Elvira, habrían tenido que andar cerca de tres leguas para ejecutar en dicho monte la sentencia del santo obispo y sus compañeros. Esto no se encuentra conforme con la costumbre de ningún pueblo, y mucho menos de los romanos que acostumbraban quitar la vida á los reos lo mas á una milla de distancia de la ciudad, como lo verificaron con Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalem; distancia aproximada justamente del monte Ilipulitano á la alcazaba de Granada.

Bajo cualquier aspecto que examinemos la cuestión, encontramos mas apoyo para nuestra conjetura, ya que la autoridad de los geógrafos antiguos, según la opinión del mismo señor Lafuente Alcántara, es ineficaz para decidir la cuestión, pues Plinio no hace mas que nombrar á Illiberis como una de las varias ciudades notables situadas entre el Betis y el Mediterráneo, y las designaciones de Ptolomeo no pueden tomarse como norma fija. Fuera de la imperfección de la ciencia geográfica en su tiempo, la parte sobre todo que mira á los guarismos y fracciones de longitud y latitud han debido ser alterados notablemente por los copistas: á veces por haber querido Ptolomeo,—dice el señor Cortés,—señalar con mas escrupulosidad de lo que podía la situación de una ciudad era necesario omitir diez y aun doce letras, pues los griegos contaban por las letras de su alfabeto, uniéndolas y separándolas cual se necesita para espresar la longitud y sus fracciones y la latitud y las suyas. ¡A cuántos errores no habrá dado ocasión un modo de contar tan espuesto y delicado! Por esto dijo muy bien Erasmo en el prólogo de la edición griega que hizo de las tablas de Ptolomeo: *Utinam et numerorum notes sicut á Ptolomeo traditæ sunt*

*incorruptis habere mus.* De consiguiente, si en vista de todo es necesario recurrir á la crítica para que la inducción nos lleve sino al descubrimiento de la verdad á acercarnos todo lo posible á ella, creemos que en el objeto que nos propusimos dilucidar en estos artículos, ora descendamos á las entrañas de la tierra á buscar los respetables monumentos de la antigüedad, ora examinemos las raíces etimológicas de los nombres, ya los acontecimientos históricos, ya las razones en que se fundan los que opinan de diverso modo que nosotros, siempre no encontramos datos para asegurarnos en nuestra conjetura acerca de la posición de la antigua Illiberis en la alcazaba de Granada.

Temerosos, sin embargo, sostendríamos nuestra opinión si á todo lo espuesto no se agregasen autoridades respetables. Pero cuando vemos á Julian Perez (1), al doctor Barrientos (2), á Juan de Moya (3), Francisco Anania (4), Antonio de Nebrija (5), Lucio Marineo Sículo (6), Miguel de Villanueva (7), el canónigo de Nola y Molano (8), Gonzalo de Illescas (9), el arzobispo de Toledo Loaisa (10), Gemma Tritio (11), Ambrosio Calepino (12), el padre Juan de Mariana (13), el cardenal Varonio (14), el obispo de Tuy (15), Pedraza, Ambrosio de Morales, padre Flores y á otra multitud de autores que omitimos por no ser difusos, sustentando la misma opinión nuestro temor se mitiga.—Si todo el apoyo de nuestro aserto, sin embargo, hubieran sido estas razones de autoridad, también habríamos desconfiado; porque la autoridad aislada sin mas apoyo que el *Magister dixit*, nunca ha conseguido convencer nuestro entendimiento; pero al hallar que afirman un hecho que en su apoyo cuenta con poderosísimas razones, no podemos dejar de ver sus dichos como una corroboración de nuestro juicio.

Aquí termina nuestro trabajo, acerca del cual no abrigamos pretensiones de ningún género. La causa que á escribir nos impulsó la dejamos consignada en el principio: por ella hemos dado cima aunque imperfectamente á nuestra empeño. Probablemente poco ó quizá nada bueno se encontrará en él, pero repetimos lo que allí consignamos: si algo, mediano siquiera, se encontrase en estas líneas sea el honor de esa hermosa ciudad nuestra segunda patria, entre cuyas flores se deslizó nuestra infancia, y que ya en la adolescencia con sus bellezas y gloriosos recuerdos nos animó al estudio de las antigüedades.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

## LAS CACERIAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

EL GORILLA.

(CONTINUACION.)

Chaillu y Gambó siguieron su carrera.

Veamos lo que había ocurrido.

Dos negros de los que batían el bosque habían llegado á un sitio en donde los árboles crecían tan espesos, que apenas penetraba la luz del día: casualmente un peñasco de dos metros de altura, dejaba abierto el paso, con tal de que se trepase á la cima: uno de los negros tomó carrera, de un salto se colocó en la cima del peñasco y de otro cayó á la parte opuesta.

Mas cuál no fue su terror cuando al tocar el suelo con los pies, se encontró frente á frente con el terrible gorilla que buscaban...

Distaban uno de otro diez pasos: el negro se echó el fusil á la cara, apuntó y disparó; mas fuese efecto de la semi-oscuridad que reinaba en aquel sitio, ó bien porque el miedo le agitase el pecho, la bala, en vez de darle en mitad del pecho, no hizo mas que rozarle un costado.

Entonces fue cuando Chaillu y Gambó oyeron el rugido del gorilla y el disparo.

Irritada la fiera por el dolor, avanzó sobre su enemigo mas rápidamente de lo que acostumbran; así es que no le dió tiempo para cargar de nuevo su fusil.

Quiso huir y no pudo: el peñasco y los árboles le cerraban el paso.

El gorilla distaba ya tres pasos: su fétido aliento y los rayos de sus ojos le quemaban el rostro al pobre y atribulado negro.

El gorilla se detuvo un momento para golpearse furiosamente el pecho á guisa de amenaza: el negro empezaba á cobrar esperanza, pues estaba ya cebando su fusil.

El monstruo y el hombre se movieron á un tiempo hacia adelante: el hombre alargó los brazos para llevarse el arma al hombro; la fiera extendió uno de los

suyos, tremendo, irresistible, veloz como el pensamiento y se apoderó del fusil, cuyo cañon mordió furiosamente, aplastándole entre los dientes.

El negro comprendió que estaba perdido; pero loco de terror, giró sobre sí mismo, cual si tratase de huir al través de la roca que le cerraba el paso.

El gorilla no se movió, pero de un zarpazo, arrancó el vientre al desdichado negro.

Este cayó á tierra lanzando aquel alarido de muerte que había helado la sangre en las venas á Chaillu y á Gambó, así como al otro negro, que asustado por el grito del gorilla, no tenía fuerzas para trepar á lo alto de la roca que le separaba del terrible drama que acabamos de referir en mucho mas tiempo del que tardó en suceder.

El gorilla no dió otra prueba de cólera mas que agarrar con la mano el extremo del aplastado cañon del fusil, interin que con la otra asia la culata y sin el menor esfuerzo lo dobló y partió, arrojando sus pedazos al lado del moribundo negro.

Al mismo tiempo se oyó en los matorrales un violento ruido y el gorilla se volvió para averiguar la causa que lo producía; mas apenas se hubo vuelto lanzó un feroz rugido.

Hallábase delante de nuevos enemigos.

Eran Chaillu y Gambó que acudían desalados en auxilio de su infeliz compañero.

El monstruo, rugiendo sin cesar y golpeándose el pecho marchó en línea recta hacia Chaillu, como diciéndole: «¿Qué? Pensais que voy á huir del peligro?»

En aquel momento se hallaban separados por una distancia de treinta pasos Chaillu se convenció de que tenía que habérselas con un macho solitario: este avanzaba rugiendo y su rugido se asemejaba á un trueno lejano.

Chaillu que aquel día estaba armado con una excelente carabina de dos cañones, le apuntó y tiró del gatillo al mismo tiempo que Gambó le decía alarmado: —Aun nó!

Pero el tiro no salió: durante la carrera que acababan de dar, habíase caído el piston de la chimenea.

El gorilla se detuvo para rugir de nuevo: Chaillu montó la otra llave, y sin dejar de apuntar al monstruo, puso otro piston en la chimenea.

El gorilla, después de rugir, precipitó el paso.

—¡Aun nó! repitió la voz de Gambó.

El monstruo, mas fiero, mas amenazador que nunca, solo distaba ya quince pasos; y Chaillu, mas tranquilo, pudo contemplar su repugnante rostro negro, horriblemente contraído por la cólera, é iluminado, por decirlo así, por la llamarada fosfórica que se escapaba de sus hundidos ojos grises.

El monstruo continuaba avanzando y no se hallaba mas que á diez pasos: la proximidad de la fiera escitaba los nervios de Chaillu, su respiración era cada vez mas precipitada.

Por encima de su hombro izquierdo apareció entonces el cañon del fusil de Gambó.

Chaillu creía sentir que el abrasado aliento de la fiera se mezclaba con el suyo.

—¡Atencion! dijo la voz de Gambó.

Chaillu perfeccionó la puntería, eligiendo por blanco el corazón.

En este momento se detuvo el gorilla por última vez; y al mismo tiempo oyó Chaillu esta palabra:

—¡Ahora! Seguida de una detonación.

La fiera, herida únicamente por la bala de Gambó dió un violento salto á delante y quedó á cuatro pasos, de Chaillu, amenazadora, terrible, indómita, rugiente como una tormenta de los tropicos, golpeándose el pecho con satánico furor.

Pero al mismo tiempo salió el tiro de Chaillu y el tremendo animal, herido en mitad del pecho, cayó de bruces, lanzando un gemido casi humano.

Su frente cayó sobre los pies de Chaillu, el cual, sobrecogido, dió maquinalmente un salto atrás.

La fiera al caer, asió casualmente el troco de un arbusto y en las convulsiones de la agonía, lo arrancó de cuajo.

Sin el salto de Chaillu, aquella mano de hierro, habría asido y roto como una caña las piernas del osado y sereno americano.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

## GRAN SELLO DE CEREMONIA

DEL EMPERADOR DE COCHINCHINA.

El gran sello de ceremonia del emperador de Cochinchina, que publica por primera vez El Museo Universal, es sumamente raro por servirse en él de las antiguas letras chinas, y aludir al poder del actual soberano. Hoy, que se ha remitido á nuestra soberana una credencial ó felicitación autógrafa de aquel emperador, con motivo de la paz que acaba de celebrar el bizarro brigadier señor Palanca, creemos de verdadera actualidad publicar esta especie de documento auténtico del país cochinchino. En el *Museo Etnográfico* de Madrid se conservan curiosidades de la China y del Japon del mismo género y sumamente notables, como podrá ver el público así que se establezcan los nuevos museos.

## EL GENERAL PINZON.

Al publicar las primeras noticias que se nos remitieron de la expedición al Pacifico y de su comisión científica, ya indicamos que marchaba aquella á las órdenes del general Pinzon, uno de nuestros mas bizarros marinos. En este número publicamos un retrato de este marino, sumamente parecido y sacado de fotografía durante el viaje que por las aguas del Nuevo-Mundo, hacen nuestros buques de guerra bajo su inteligente mando.

Segun los últimos censos, la población del antiguo reino de Grecia, se ha elevado desde 675 habitantes que tenía hace veinte años, á 1.062,627 que han resultado últimamente, de modo que el aumento ha sido de 394,370 habitantes. A escepcion de Inglaterra y Prusia es la proporción de aumento anual mas considerable que se ha observado en Europa. En 1856 el número de mujeres era mayor que el de los hombres, pues estaban en relación de 51,40 por 48,60. Esta proporción es un poco menor en todos los Estados de Europa, aun en Alemania, donde la emigración de los hombres es tan considerable.

Con el título de *Poder comparado de los diversos Estados de Europa*, ha publicado Mr. Block, un libro lleno de datos curiosísimos. En él concede Mr. Block, grande atención á las cifras espresivas del ejército europeo, y no es extraño, porque mientras haya pasiones, la humanidad nunca se verá libre de la influencia del egoismo, de la vanidad, de la ambición, y el poder tendrá que apoyarse sobre la fuerza material, sobre el ejército. Está muy justificada la importancia que atribuye á este elemento de la fuerza material de los Estados, así como es también muy natural que al establecer comparaciones sobre este punto entre las diferentes naciones europeas, manifieste que es preciso hacer distinción de los ejércitos en pie de paz y los ejércitos en pie de guerra, entre el número de soldados de que dispensen en caso de ataque y el que pueden emplear en caso de defensa, porque solo así puede apreciarse en cierto grado de exactitud el poder militar de una nación. Block da á conocer además en su interesante libro los gastos que en cada país ocasiona el mantenimiento del ejército; el tiempo que dura el servicio militar y los sistemas empleados en el alistamiento, y en verdad que las apreciaciones que emite sobre este último punto son muy dignas de tenerse en cuenta al examinar esa cuestión del impuesto de sangre en que tan encontrados parecen hallarse los intereses políticos y económicos de los pueblos.

Los extranjeros, haciendo justicia á las riquezas científicas que posee la España, se lamentan ya de que Madrid no cuente con los museos y establecimientos necesarios. Entre otros, Mr. Laforge, que acaba de publicar y dedicar á S. M. la reina, un libro titulado *De las artes y de los artistas en España*, reconoce, como Mr. Viardot, que para admirar curiosidades exóticas, bastarian las colecciones anteriores al descubrimiento de la China, del Japon, de Méjico y del Perú, que hoy están almacenadas en el gabinete de Historia Natural, esperando la construcción de museos.

## LA INDEPENDENCIA.

VI.

Aun no habria andado un cuarto de hora cuando impulsado como por una fuerza superior, no pudo menos de volver á mirar con cierto sentimiento de secreta tristeza aquellos sitios, en donde se habían deslizado tranquilos algunos años de su vida. Parecia que contestando á aquella mirada, todos los recuerdos queridos de su infancia se levantaban de repente para detener su paso. Aquellas casas de pobre y pintoresco aspecto, la antigua torre de la iglesia, á la vibración de cuyas campanas había contestado en todo tiempo en el corazón del jóven, la misma fe de siempre, la fe del niño, las humosas chimeneas, los apagados ruidos de la aldea próxima á entregarse ya al descanso, todo parecia decirle desde lejos: «no te vayas; la felicidad está aquí.»

¡Vana quimera! El supo resistir con un último esfuerzo esta última tentación.

—El olvido no es la dicha, se dijo; la inacción no es la vida; ¡adelante! Y redobló su paso.

VII.

Aquella noche su pobre madre, así que empezó á sospechar la evasión de su hijo, creyó de veras, haber usado de excesiva severidad, no accediendo á su loca pretensión.

Se le buscó por toda la casa, se encargó á los criados que hiciesen otro tanto por todo el lugar. En vano.

Así, en una ansiedad vivísima, se pasó gran parte de la velada.

(1) Adversario, núm. 165.  
(2) Lib. de Cometas, cap. XI.  
(3) Lib. II, cap. XXI.  
(4) Lib. I, f. 6.  
(5) In crónica, cap. de profec.  
(6) In hist. cap. de hominibus Gran.  
(7) Lib. I, cap. V.—Lib. XI, cap. 45.  
(8) Notis ad Usuardum 15 mais.  
(9) Parte 2.<sup>a</sup> Pourt., cap. XX.  
(10) Colectio conc., pág. 165.  
(11) Cosmograf. vita Sil. Torcuati.  
(12) Diccionario verbo Illiberis.  
(13) Lib. IV, cap. XVI.  
(14) Anno Christ. 505, núm. 39, t. II.  
(15) Hist. Legions.

La infeliz madre, creyéndose culpable de lo que les acontecía, contenía á duras penas las lágrimas próximas á asomar á sus ojos. Al padre le sucedía poco menos.

¡Pobres viejos! Agotadas por fin sus fuerzas, concluyeron por sentarse al hogar, frente uno de otro y llorar como niños en silencio.

Ni una sola frase dijeron en mucho rato; mientras el aliento comprimido de ambos se escapaba de su seno de vez en cuando en penosos y prolongados suspiros, y en tanto que la familia, sobrecogida por el acontecimiento, cenaba mirándoles con cierta muda sorpresa, como demandándoles una explicación de lo que estaba pasando.

## VIII.

Algunos días después, Federico había llegado á Madrid.

Por fin, podía dedicarse á su sabor á esa vida independiente que tantos encantos tenía para él, á la vida de artista, en una palabra.

Estaba en este gran centro, pozo á donde conducen todas las ambiciones, campo de lucha de tantos intereses encontrados.

En este gran centro, en Madrid, hay editores que pagan los trabajos del poeta; hay público, hay atmósfera, en fin, para el artista.

Su familia averiguó su paradero, y transigiendo con su capriciosa inclinación, empezó á mandarle dinero.

Federico, por su parte, empezó á marchar por la áspera senda con el entusiasmo, con el valor de todo el que da los primeros pasos.

Hizo versos y fué con ellos á un editor.

—Hace tiempo, hijo mío, le dijo este, que el público no paga los versos.

Se ensayó en otros géneros y volvió de nuevo; pero entonces se le opuso la razón de que su nombre no era conocido y que por lo mismo, su obra, por buena que fuese, no daría un real de ganancia á quien se tomara el trabajo de publicarla.

Escribió para el teatro, pero en muchos meses no pudo conseguir de la empresa ni del director que leyese su obra.

De este modo pasó tres años, en los cuales aumentando sus exigencias respecto de su familia, fue causa de que fuesen de mal en peor los negocios de su padre, quien durante este tiempo, había muerto, lo mismo que su madre, con el disgusto de ver á su hijo en tan mal camino.

Un día por fin, ofreció un trabajo suyo á un librero, que si bien lo rechazó, le propuso en cambio que se encargase de otro.

Ya al cabo la fortuna empezaba á mostrarle un rayo de luz en medio de las tinieblas de su situación.

El librero que, ante todo era librero, era en segundo lugar muy dado al estudio de toda clase de antigüedades.

—¿Usted no ha viajado? le dijo.

—No mas que desde mi provincia aquí.

—¡Oh! entonces no puede usted escribir; usted no ha tenido ocasión de detenerse en muda contemplación ante las ruinas de Mérida, por ejemplo, ante los restos gloriosos de Sagunto, —¿no ha estado usted en Sagunto?

—No señor; acabo de decir á usted.

—¡Ah! sí, sí; usted no ha corrido á prosternarse ante los venerandos sitios que han hecho célebres las santas tradiciones de nuestra religión. ¿Usted no ha hecho un viaje á Palestina como Lamartine?

—Acabo de tener el gusto de decir á usted que no he visto mas tierra que la que hay desde mi provincia aquí.

—Pues señor, no me sirve la obra de usted, no me hace al caso.

—Si usted tuviera alguna descripción de un sitio histórico, alguna...

—Si quiere usted, la escribiré.

—No me parece mal. De Toledo, por ejemplo, podía usted escribir algo; en Toledo hay muchas antigüedades, ¿usted conoce bastante la historia?

—Sí señor, y me atrevo á complacer á usted, si usted se compromete formalmente á...

—¿A qué? ¿A comprar el libro? No; primero lo escribe usted, y después, en vista del mayor ó menor mérito del mismo, se procede al trato.

Esto bastaba á nuestro poeta.



EL GENERAL PINZON, JEFE DE LA ESCUADRA DE LA ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.

Salió de allí henchido el corazón de esperanza, y riéndose al mismo tiempo de la monomanía anticuaria del editor.

En cuanto á los motivos para abrigar esperanza alguna de ganancia, podía Federico equivocarse; empero en cuanto á lo segundo, esto es, en cuanto al desden con que miraba la afición de su editor, casi, casi, pensamos lo mismo que él.

Si bien se mira, una de las preocupaciones que menos justificación tienen, es ese sentimiento que hace decir con cierta fruición á un anticuario:

—¡Oh! ¡Esta mesa es un mueble histórico! Sobre ella tal personaje firmó tal tratado ó cual capitulación.

—¿Y que tenemos con eso? ¡Lo que es la preocupación! En ese caso es histórico todo lo que vemos, todo lo que tocamos; por ejemplo, la piedra que sirve de umbral en la entrada de mi casa, se formó acaso con el polvo que hollaron los conquistadores de la Valencia mora: el tronco del primer árbol que encontramos en un paseo, se nutrió y está constituido con los elementos del mismo aire que respiraron ilustres antepasados nuestros, etc. Siguiendo esta ilación, es histórico todo lo que nos rodea, el barro de la calle, la fruta que comemos, el ambiente que aspiramos.

Mas, dejando esto aparte y siguiendo nuestro relato, Federico Martin hizo un viaje á Toledo—y entonces no había ferrocarril—gastó tiempo, escribió una obra y se la presentó al editor. Pero este, que el día que se la propuso, lo hizo solo por satisfacer en aquel momento la necesidad que tenía de hablar de su pasión favorita, estaba de diferente humor el día que el novel escritor volvió con su trabajo hecho, y se valió de cualquier pretexto para no admitirlo.

Ya tanta contrariedad iba colmando la paciencia de nuestro héroe. A pesar de sus instintos de independencia y libertad, hubiese preferido encontrar un editor de quien depender y á quien tener que sufrir, ó á falta de eso, un principal cualquiera á quien sufrir en una oficina.

De este modo, hubiese tenido menos horas libres, pero hubiese aumentado sus exiguos recursos y se habría podido presentar en sociedad con cierta apariencia y satisfacer otras exigencias del mundo, á las cuales nace sujeto todo hombre libre.

De este modo, con ligeras variaciones, trascurrieron para Federico Martin algunos meses mas, al cabo de los cuales había llegado á ser administrador de un periódico de literatura.

El propietario se hacía la ilusión y acariciaba la gratuita esperanza de llegar con el tiempo á hacer político su periódico, y ser él por su medio diputado á córtes; todo lo cual no impedía que conociese la humilde condición de que aun no había salido el periódico, y que teniendo esto en cuenta, procurase no elevar mucho el presupuesto de gastos de su publicación.

Sin embargo, no por esto dejaba de estar plenamente poseído de sus derechos como propietario y director *lego*.

De todo lo cual resultaba, que él, el editor, que había ya fijado su atención en el partido sobre que hacía cuenta de encaramarse á la representación nacional, hablaba mucho de *libertad*, de *derechos del pueblo*, de *tiranía* y de *opresores*, tenía casi de balde á los empleados del periódico y les mandaba con un despotismo de gran señor.

## IX.

Una vez Martin logró que se le insertase un artículo en el periódico y lo firmó.

A los pocos días el correo trajo una carta de uno que deseaba suscribirse.

El nuevo suscriptor era de la provincia de Martin. Ya varias veces, en igual caso, había sucedido otro tanto: esta vez Martin fijó su atención en la dirección del nuevo suscriptor, y aunque no conocía el nombre, conocía perfectamente las señas de la casa á donde había de mandarse la suscripción.

La calle, el número y la habitación, eran las de Matilde Lorin.

Era indudable, pues, que el nombre era superchería y que en realidad, el suscriptor en cuestión era Matilde.

Esto halagó un tanto su vanidad, é hizo una revolución en sus proyectos para el porvenir: después de mucho tiempo que no pensaba en ello, recordó que lo que principalmente constituye la felicidad en el mundo es el amor, y se decidió á dedicarse á él, desechando por completo su ambición de gloria y de independencia, cabalmente ahora que ya podía ser todo lo independiente que le diese gana.

Se confesaría arrepentido á su familia, elegiría cualquiera de esas profesiones vulgares que aseguran á lo menos el pan de cada día á los que las profesan, y se dedicaría á conquistar el amor de aquella mujer que había sido objeto de sus primeros sueños de adolescente.

Industrial, empleado, ó cualquier otra cosa que fuese, dependería del público, del Estado ó de un particular, pero compensaría todo esto con el amor de aquella mujer.

Dando vuelta en su mente á este propósito, concluyó por escribir una declaración á Matilde. En ella, después de dar á su amor la fecha que los lectores ya conocen, decía que este no había podido ser dominado desde entonces, ni por el tiempo ni por la distancia.

Convencido él de que aquella tardía declaración era su mejor obra literaria la echó al correo.

Después de hecho esto, se acordó de que aquella carta podía caer en manos del marido de Matilde y comprometer á ambos, y se fué decidido á retirar la carta.

Llegó, entró jadeando en el despacho del administrador, y cuando le estaba explicando el objeto que le llevaba allí, la metálica vibración de un reloj de pared, interrumpió su relato. Miraron el reloj y vieron que señalaba la hora de partida de los correos.

En aquel momento sonaban en la calle los chasquidos de los látigos y el pesado ruido de los coches que partían.

La carta de Martin acababa de salir para su destino.

(Se continuará.)

PEDRO YAGO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,  
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES. MADRID, PRINCIPE, 4.